

José Manuel ROMERO (ed.), *Immanente Kritik heute. Grundlagen und Aktualität eines sozialphilosophischen Begriffs*, Bielefeld: Transcript, 2014, 200 págs.

El filósofo José Manuel Romero recoge en el volumen *Immanente Kritik Heute: Grundlagen und Aktualität eines sozialphilosophischen Begriffs* (2014) una serie de contribuciones que, tomando como referencia el concepto de crítica inmanente, tal como ha sido desarrollado en la tradición de izquierdas hegeliana –y más concretamente en la llamada Teoría Crítica de la Escuela de Fráncfort–, pretenden explorar, extender o reformular el significado de este concepto central, así como preguntarse por su posibilidad en nuestro presente (Maiso)¹. A diferencia de otras formas de crítica social, la crítica inmanente mide la realidad social a partir de elementos que son constituyentes de esta misma realidad con el objetivo de contribuir al desarrollo de sus potencialidades (Romero, Herzog, Kozlarek). Puesto en términos hegelianos, este tipo de crítica se da como tarea mostrar el contraste entre la realidad y su concepto, es decir, entre la evolución fáctica de los fenómenos socio-históricos y el potencial de su desarrollo racional. Como decía Marx, la crítica tiene que contribuir a transformar la realidad a través del desarrollo de “nuevos principios para el mundo a partir de los principios del mundo”². La Inmanencia de la crítica social facilita que ésta se ponga al servicio de una praxis transformadora puesto que lejos de imponer principios abstractos sobre la realidad social, ésta toma como referencia las normas o principios que en un cierto sentido los actores sociales ya aceptan y que por tanto tienen un poder motivador sobre estos últimos (Stahl).

Haciendo pues referencia a sus orígenes en la tradición hegeliana de izquierdas podemos identificar un concepto general de crítica inmanente compartido por varios de los autores que participan este volumen. Sin embargo, como veremos, las contribuciones aquí presentadas muestran la falta de acuerdo fundamental entre distintas concepciones de la crítica inmanente como forma central de la crítica social. Partiendo de diferentes disciplinas como son la filosofía, la sociología o la teoría de los medios de comunicación, la mayoría de contribuciones comparte una estrategia argumentativa similar: después de una reconstrucción crítica de concepciones académicamente establecidas de la crítica inmanente que pone de manifiesto sus limitaciones, los autores esbozan concepciones alternativas que logren supe-

¹ Cuando hablemos de las ideas del volumen en su conjunto, haremos referencia entre paréntesis – como por ejemplo: “(Maiso)” – a los autores que mejor representan o que tratan explícitamente las ideas que queremos exponer.

² Karl MARX, “Brief an Arnold Ruge vom September 1843”, en *Marx Engels Werke*, vol. 1, Berlin: Dietz, 1970, págs. 343-346, trad. J.S.

rar las dificultades esbozadas. En varios casos ello se hace posible mediante la recuperación de modelos "olvidados" procedentes de la tradición francfortiana (Salonia, Voirol, Zamora, Romero), mientras que en otros se buscan recursos conceptuales en otras tradiciones de pensamiento como son la concepción de prácticas sociales de Ludwig Wittgenstein (Stahl) o el análisis del discurso de Michel Foucault (Herzog). Además, algunas de las contribuciones consideran que las concepciones dominantes deben de ser complementadas o adaptadas (Herzog, Kozlarek) mientras que otros autores elaboran sus tesis a partir de un rechazo de éstas más o menos radical (Zamora, Heins). Debido a la centralidad que la idea de crítica inmanente tiene en la forma en la que la tradición de la Teoría Crítica se entiende a sí misma, lo que está en juego para muchos de los autores que participan en este volumen es nada más y nada menos que la forma en *la que debemos concebir hoy la tarea de una teoría crítica de la sociedad, tanto en su versión filosófica como en sus ramificaciones disciplinarias*.

En su capítulo introductorio José M. Romero nos ofrece un análisis histórico y conceptual que permite situarnos en los debates actuales sobre crítica inmanente. Después de situar el origen del método inmanente en la tradición hegeliana y marxista, Romero esboza una distinción fundamental entre tres tipos de crítica inmanente: los dos primeros corresponden a modelos que dominan en la filosofía social-crítica actual, y el tercero es presentado como una alternativa propia capaz de superar los déficits que sufren aquellos. Romero atribuye el primer modelo a autores como Michael Walzer, así como a Boltanski y Chiapello y a Axel Honneth, los cuales ofrecen versiones algo más sofisticadas y, sobre todo, menos ligadas a las premisas comunitaristas del primero. Este modelo consiste en la operacionalización de las normas y valores generalmente aceptados en una sociedad con el objetivo de medir la realidad social en función de estas mismas normas y valores. De esta forma, según Romero, este tipo de crítica imposibilita una crítica más fundamental que no afecta tan sólo la realidad socio-histórica sino también a las normas y valores que hemos aceptado como propios. El caso de Honneth ocupa un lugar especial en su crítica al primer modelo: según Romero, el modelo de crítica Inmanente del filósofo alemán corre el riesgo de caer en "el reforzamiento del marco institucional existente" (Romero 19, trad. J.S.) ya que en su obra se toman algunas de las instituciones existentes como portadoras de los valores que como críticos debemos operacionalizar. Para Romero, Honneth intenta ir más allá de la mera aceptación de la facticidad socio-histórica en la que corre riesgo de caer a través de la opera-

cionalización del método hegeliano de la reconstrucción racional. Éste consiste en ver en las instituciones sociales la expresión de la realización de la razón moral. Sin embargo, la estrategia de Honneth no resulta convincente ya que éste se va obligado, para no caer en el riesgo del conservadurismo –tema recurrente a lo largo del volumen– a aceptar una concepción evolucionista del desarrollo histórico que Romero considera particularmente problemática –aunque lamentablemente no exponga las razones de por qué ello es así.

El segundo modelo de crítica inmanente es representado por autores como Karl Marx, Max Horkheimer, Theodor W. Adorno y –actualmente– por Rahel Jaeggi. Para Romero estos autores conciben la crítica inmanente como una crítica de la ideología. La tarea de la crítica consiste en mostrar no sólo que la realidad socio-histórica no coincide con los principios generalmente aceptados en una sociedad, sino que su realización queda imposibilitada por la propia estructura de la sociedad. Los valores y normas aceptados juegan para estos autores un papel ideológico, ya que sirven para legitimar el orden social existente. Según Romero, estos autores no ponen en duda la promesa de emancipación que albergan los valores y normas aceptadas (por ejemplo: justicia, libertad, solidaridad), sino que apuntan a la imposibilidad de su realización dentro del marco institucional en el que nos encontramos.

Según Romero ninguno de estos dos modelos de crítica inmanente ofrece recursos suficientes para encarar dos “desafíos” (Romero 21) actuales: el primero tiene que ver con la conexión de la crítica con la praxis política y se refiere a la necesidad de poder pensar la transformación de la sociedad no solo en términos reformistas sino en los términos más radicales de una constitución nueva de las instituciones sociales. El segundo concierne la posibilidad de las clases dominantes adopten una actitud cínica ante los valores y las normas que la sociedad toma como referentes: según Romero la presencia de esta actitud tendría un efecto neutralización de la crítica en la práctica, ya que los valores que ésta toma como referencia no son defendidos de forma sincera por los miembros de la sociedad. Con ello, la apelación de la crítica inmanente a los valores cínicamente aceptados carecería de poder de convicción y motivador para una praxis social transformadora.

Finalmente, un tercer modelo de crítica inmanente parece poder encarar estas dos dificultades mencionadas. Este modelo toma como referencia no las normas y valores aceptados en la sociedad sino las “posibilidades históricas” (Romero 22) de “abolición de las relaciones de explotación y dominación de una sociedad” (Ro-

mero 22, trad. J.S.): Romero toma como ejemplo el principio de satisfacción de las necesidades básicas como un principio no institucionalizado (es decir, para el que el primer modelo no puede dar cuenta) o componente de la ideología dominante (contra el segundo modelo), que además es incompatible con la sociedad moderna capitalista, pero que, sin embargo, se encuentra encarnado en la opinión de una parte importante de la sociedad (movimientos, organizaciones, sectores de opinión) y constituye una posibilidad *real* –en el sentido de Ernst Bloch– de transformación social. Según Romero, una crítica inmanente que toma como referencia este tipo de principios adquiere un “grado más alto de radicalidad” ya que no presupone la homogeneidad de los principios socialmente válidos, sino que parte de principios que coexisten en liza y con ello pone en duda la coherencia y homogeneidad del marco institucional dado. Además, puesto que estos principios “alternativos”³ no corresponden a aquellos institucionalizados, los primeros tienen la capacidad de poner en duda la validez del orden institucional en su conjunto. Finalmente, esta tercera forma de crítica inmanente parece mejor preparada que las dos primeras para enfrentarse a la cuestión del cinismo de las élites. Eso es así debido a la instancia destinataria de la crítica: este modelo no intenta convencer a las clases dominantes de las bondades de la realización de un principio que ellas mismas aceptan, sino que quiere reforzar el frente opuesto, y con ello la capacidad de presión social que tienen aquellos que sufren.

Para Titus Stahl, las dificultades a las que se enfrentan los modelos existentes de crítica social como crítica inmanente no son tanto la falta de radicalidad –Stahl no duda de que una crítica correspondiente al primer tipo pueda requerir cambios radicales de las instituciones sociales–, sino que conciernen a la definición del estatus ontológico, epistémico y justificativo de las normas inmanentes que constituyen la base de la crítica social. Resolver estas cuestiones resulta tanto más acuciante, cuando la crítica inmanente considera que su poder motivador – es decir, su capacidad de estimular una praxis emancipatoria por parte de los participantes en prácticas sociales – reside en su referencia a las normas que los mismos agentes en un cierto sentido ya aceptan. Sin embargo, para Stahl lo que está en duda es precisamente cómo hay que entender esta última expresión, puesto que ello determina la manera en que la crítica social debe entender su tarea. Aquí Stahl distingue un modelo hermenéutico de otro orientado hacia las prácticas sociales. Según

³ Aunque Romero no hace uso de este término, nos parece que éste capta el valor que el autor quiere dar a la contraposición entre principios inmanentes.

el primer modelo, aquello que la crítica social debe tomar como referencia son las diferentes interpretaciones que siempre hacemos de las normas que nos son comunes. Según este modelo, el papel de la crítica social consiste principalmente en ofrecer nuevas interpretaciones que de alguna manera muestren la insuficiencia de las interpretaciones existentes. La crítica tiene como función dar a los miembros de una comunidad la oportunidad de extender el sentido potencial de las normas que, en su interpretación parcial o restringida, siempre ya están aceptando. Este modelo, representado por M. Walzer, Ch. Taylor y, en parte, por A. Honneth, es desechado por parte de Stahl por su incapacidad de ofrecer criterios suficientes que permitan distinguir entre interpretaciones en contienda y/o trascender las interpretaciones existentes.

Stahl presenta un segundo modelo, representado por Habermas y, parcialmente, Honneth, según el cual, aquello que la crítica social inmanente toma como referencia no son las interpretaciones de nuestras normas comúnmente aceptadas sino las normas que actualizamos en nuestras diferentes prácticas. Como cabría esperar, esta posición no está libre de dificultades, ya que tanto la referencia a la normatividad comunicativa (Habermas) como a las experiencias de desprecio moral (Honneth) deja sin resolver la cuestión de por qué la crítica social debe tomar en cuenta precisamente estas formas de normatividad y no otras pertenecientes a otras esferas de acción como, por ejemplo, las inmanentes al mercado. Tomando como referencia la obra de Ludwig Wittgenstein y a Robert Brandom, Stahl intenta dar una visión más amplia de la normatividad inmanente de las prácticas sociales, que no excluya a priori a ninguna esfera de acción social. A través de una compleja argumentación, Stahl muestra que las normas inmanentes a las prácticas que constituyen la referencia de la crítica social representan un tipo de reglas de interacción presentes cuando los participantes en las mismas prácticas se encuentran en una relación de reconocimiento mutuo de su autoridad evaluativa, es decir, cuando aquellos que participan en las prácticas sociales se reconocen recíprocamente como intérpretes y realizadores legítimos de esas normas.

Con ello, la crítica social se apoya en normas que constituyen la praxis social, pero que son capaces de trascender las reglas explícitamente aceptadas o tácitamente puestas en práctica por los actores. Frente a otras alternativas, esta forma de crítica social inmanente tiene la ventaja de dar cuenta de los conflictos existentes entre normas inmanentes a las prácticas sociales de una misma sociedad -por ejemplo: entre prácticas del mercado y prácticas de la solidaridad. Con ello se evita una

visión unitaria –y ficticia– de la dimensión normativa de nuestras sociedades y se permite el diagnóstico de incompatibilidades normativas. Frente a estas incompatibilidades –que también quedan ejemplificada en la existencia de normas Inmanentes sexistas o racistas en nuestras prácticas– Stahl niega que una teoría crítica tenga que ofrecer una fundamentación definitiva sobre la “bondad” de las diferentes normas en liza. Al contrario: “la estrategia de la crítica inmanente no sirve primariamente para encontrar normas correctas, sino en mostrar, que determinadas normas, aceptadas por el crítico o la crítica tienen una base en la realidad social” (Stahl 54, trad. J.S.).

Los textos de Michele Salonia y Olivier Voirol toman como referencia la obra de Benjamin, la cual consideran que nos ofrece alternativas a modelos de crítica dominantes en la filosofía (Salonia) y en la teoría de los medios de comunicación (Voirol). Sin embargo, ambos autores difieren en gran medida en la manera en la que la recepción de la obra de Benjamin puede contribuir a elaborar una noción satisfactoria de crítica social en general. Para Salonia, Benjamin nos ofrece un modelo de crítica como “interrupción” (*Unterbrechung*) de nuestras prácticas que va más allá de la idea de crítica inmanente. Según Salonia, la interrupción crítica en tanto que forma de violencia ejercida contra la continuación fluida de prácticas sociales produce un efecto de distanciamiento que nos permite reflexionar no sólo sobre nuestras prácticas sino sobre los principios, normas o valores que las constituyen. Se trata de algo que, según el autor, la crítica inmanente no puede hacer puesto que son precisamente estos principios, normas o valores lo que ella presupone como estándar de evaluación de las prácticas que son objeto de la crítica. Siguiendo esta reflexión, el modelo benjaminiano de crítica como interrupción permite dar mejor cuenta del carácter moral de los sujetos que son apelados por parte de la crítica. Ello es así porque la crítica inmanente debe siempre presuponer un sujeto racional motivado a realizar los principios, valores o normas que se ha dado a sí mismo mientras que el modelo benjaminiano profundiza en la capacidad del sujeto de apropiarse o rechazar esas mismas normas. Olivier Voirol por su parte parece seguir una estrategia muy diferente al intentar reconstruir a partir de la obra de Benjamin un modelo de crítica inmanente que sirva como alternativa a las formas tradicionales (marxistas y foucaultianos) de crítica cultural. Este modelo toma como referencia los escritos de Benjamin sobre crítica del arte y se entiende en contraposición a la idea de juicio artístico, el cual impone criterios que son externos a la obra de arte misma. Con esta imposición, el juicio artístico no per-

mite que la obra desarrolle su “contenido de verdad” (*Wahrheitsgehalt*). A pesar de ser consciente de que los productos de la industria cultural tienen que ser considerados más como documentos que como obras de arte, Voirol cree poder aplicar con algunas limitaciones el concepto de crítica inmanente al análisis de los primeros. Según Voirol, la crítica inmanente de los productos culturales tiene que mostrar que estos contienen promesas de liberación (su contenido de verdad) y que a la vez estas promesas no se cumplen a pesar de lo que pueda parecer a los que consumen esos productos. Además, la crítica tiene que desenmascarar los mecanismos codificadores encargados de producir la apariencia de la realización de su contenido de verdad. En palabras de Voirol, para una teoría crítica de los medios de comunicación “se trata de mostrar que [los productos culturales] se apoyan en formas de espera [*Erwartungen*] que son explotadas en tanto que son distorsionadas y desfiguradas” (Voirol 92, trad. J.S.).

El volumen continúa con dos contribuciones que toman como punto de referencia la obra de Th. W. Adorno y su reactualización. José A. Zamora retoma el pensamiento de Adorno para pensar un concepto de crítica inmanente que permita “pensar las relaciones capitalistas frente a su tendencia a la totalización desde el aspecto de su alterabilidad” (Zamora 106, trad. J.S.). Esta tarea es necesaria, en un contexto en el que la forma de la mercancía continua su tendencia totalizadora aun adoptando formas particulares distintas a las de los tiempos de la crítica de Adorno: así, por ejemplo, menciona Zamora la sustitución de fenómenos de subsumición por los de exclusión social o del disciplinamiento por el control que los individuos ejercen sobre sí mismos. Según Zamora, la mediación total de la mercancía que tiene lugar en la actualidad no significa una reconciliación de las contradicciones sociales, sino que lo único que hace es enmascararlas. En este contexto queda entonces un espacio para la crítica inmanente, una crítica que “debe tomar su fuerza del sistema que ella misma amenaza” (Zamora 106, trad. J.S.) y que solo puede hacerlo apoyándose en la sensibilidad natural (*natürliches Sensorium*), la cual es capaz de percibir la negatividad del sistema social, y atenta al riesgo de que la crítica termine perdiendo su capacidad perceptiva. Frente otras formas de entender la crítica inmanente que conciben la fundamentación como tarea central de una teoría crítica de la sociedad, Zamora toma como referencia un modelo que renuncia a la fundamentación (contra Habermas y Honneth) y que toma como referencia el sufrimiento social, como un “signo” de que “la totalidad social es im-

puesta ciegamente sobre los sujetos individuales y les permanece heterónoma” (Zamora 114, trad. J.S.).

Por su parte, Jordi Maiso considera que la posibilidad de la crítica (inmanente) en las condiciones de la época actual, caracterizada por el autor como una prehistoria (*Vorgeschichte*) está fundamentalmente ligada a la respuesta a la siguiente pregunta: ¿habría alguna forma de subjetividad que vaya más allá de la forma constituida por el capitalismo, que no se reduzca a la subjetividad del trabajo, el dinero y la competencia? Maiso toma como referencia el concepto de sujeto natural que encontramos en Horkheimer para apuntar a la posibilidad de efectuar algo que él denomina en varias ocasiones como el “sabotaje de un destino que con toda probabilidad nos lleva al abismo” (Maiso 138, trad. J.S.). Este sabotaje se presenta tanto más necesario cuando parece poderse prever un colapso de la sociedad en su fase más desarrollada de integración. Para Maiso, la referencia necesaria a un sujeto natural (que también encontramos en Zamora), es decir, a un sujeto que no puede ser identificado con la forma de subjetividad capitalista, muestra el papel central que debe tener el psicoanálisis para la teoría crítica. Y es precisamente esta subjetividad “todavía viva e irreconciliada” (Maiso 139, trad. J.S.) aquello que, en un contexto donde el capitalismo ha dejado de convertirse en una mera forma de producción para pasar a ser un modelo civilizatorio, ofrece, dentro de la ambivalencia entre regresión y reflexión crítica, el atisbo de una praxis transformadora.

En su contribución, Benno Herzog muestra la necesidad de un diálogo entre la crítica social inmanente representada por la teoría del reconocimiento de Axel Honneth con la tradición foucaultiana del análisis del discurso. A pesar de que, como indica el autor, a través de este diálogo podrían beneficiarse ambas corrientes, Herzog se concentra en cómo el análisis del discurso y las premisas que le acompañan podrían contribuir a la superación de algunos de los déficits sociológicos de la teoría del reconocimiento. Estos déficits conciernen sobre todo a la operacionalización de las categorías de la teoría crítica para la investigación de aquellas normas que representan el potencial normativo capaz de trascender las condiciones dadas (e injustas) y que sólo parecen ser empíricamente accesibles desde lo que Honneth llama “experiencias de desprecio” (*Missachuntserfahrungen*). Entre las dificultades que se plantean para un programa sociológico, Herzog menciona la existencia de elementos no verbales en la experiencia de desprecio, para el análisis de los cuales la teoría del reconocimiento parece no tener herramientas conceptuales necesarias. Otro problema es el de la posición de la sociología como intérprete de

la voz de los que sufren este tipo de experiencias y los riesgos de distorsión ligados a su posición social y epistémica privilegiada. Finalmente, una tercera dificultad consiste en la distinción entre formas de experiencia ligadas a reconocimiento ideológico y no ideológico, ésta ligada a la cuestión más profunda de sobre qué criterios normativos podemos apoyarnos para realizar esta distinción central. Según Herzog, estas dificultades, que afectan en gran medida tanto al Honneth de la teoría del reconocimiento como a su obra más actual, pueden verse remediadas con la introducción de la metodología del análisis del discurso desarrollada por Foucault. Así, el análisis del discurso dispone de los recursos conceptuales necesarios para pensar el desprecio en sus formas materiales y no-verbalizadas. Esta característica, junto a su capacidad de analizar la infraestructura discursiva de instituciones y prácticas, la hace adecuada para una tarea aún más importante, la cual parece que Honneth, debido a un déficit de elementos dialécticos, no puede realizar: identificar aquellos desfases entre realidad y norma que se deben, no a condiciones más o menos contingentes sino a contradicciones sistémicas, es decir, cuya superación implicaría la transformación radical (y no solo la corrección) del orden social existente. Según Herzog, la tarea de una teoría crítica inmanente consiste sobre todo en poner al descubierto este último tipo de fenómenos, cuyo paradigma es la explotación en el régimen capitalista.

En el contexto de un diálogo entre ambas tradiciones, la frankfurtiana y la foucaultiana, Herzog subraya la centralidad de la experiencia de sufrimiento como elemento de trascendencia dentro de la inmanencia. Para ambas tradiciones, la referencia al sufrimiento apunta a la capacidad individual de trascender del sistema de normas institucionalizadas y con ello nos empuja a ir más allá de ellas, siempre, sin embargo, desde la inmanencia de la experiencia empíricamente accesible. Aquí habría que pensar en la diferencias existentes entre diferentes versiones de la teoría crítica: y es que mientras que para Zamora, en clara referencia a Adorno, el sufrimiento ciertamente apunta a la experiencia de externalidad que el individuo hace de la “inmanencia total del sistema” – y con ello apunta a un más allá de este, en el caso de Honneth el sufrimiento tiene primeramente el doble rol de indicar desfases existentes entre normas –en sus interpretaciones– e instituciones y de empujar a la realidad institucional hacia la realización de esas normas a través de la lucha social. Se trata pues de formas difícilmente reconciliables de entender la “inmanencia” de sufrimiento y su promesa de trascendencia.

Volker M. Heins, por su lado, dedica su contribución a la crítica de la filosofía de Axel Honneth como modelo de crítica social inmanente. Para Heins, la tendencia al conservadurismo presente en la obra de Honneth es actualizada en muchas de sus reflexiones, algo que Heins, apoyándose en paralelismos con Edmund Burke, describe como burkeanismo de izquierdas, y que es resumido en estas palabras: “El elemento conservador plausible en la teoría de Honneth consiste por un lado en el sentimiento del peso de la realidad y de la moderación anti-utópica resultante, y por otro, en la certidumbre de disponer de criterios para juzgar la realidad que están fuertemente anclados en ella” (Heins 152, trad. J.S.). Más allá de esta cuestión común para muchos de los autores que participan en este volumen, Heins critica a Honneth no ser suficientemente inmanente, es decir, no saber ver que en las sociedades coexisten de forma compleja normas y principios que no son siempre los que podemos considerar como justos, siendo un ejemplo claro el racismo europeo y sus manifestaciones de los años treinta y cuarenta del s. XX. Con ello, Heins intentaría corregir una supuesta tendencia de Honneth a considerar como fenómeno meramente secundario y falto de explicación acontecimientos como la polarización de la sociedad francesa que siguió el caso Dreyfus de finales de s. XIX. Contra una suerte de teleologismo definido por Honneth – sobre el cual Heins dice más bien poco, el autor defiende una radicalización de la crítica inmanente que acepte como “posibilidad objetiva” (*objektive Möglichkeit*) los fenómenos antes mencionados.

Finalmente, el volumen termina con una propuesta de crítica inmanente para una modernidad globalizada. Oliver Kozlarek defiende la tesis de que una teoría crítica que se enfrenta a los desafíos de un mundo globalizado debe ir más allá del cosmopolitismo, ya que éste corre el riesgo de caer en la abstracción de las prácticas diarias locales de los actores que viven en este mundo globalizado. Y es que el cosmopolitismo consiste en una negación de estas prácticas, así como de las historias que las preceden y los valores que encarnan, más que en una forma de ver cómo a partir de estos elementos es posible la “convivencia entre seres humanos” (Kozlarek 185). Así pues, Kozlarek propone el concepto humboldtiano de “conciencia del mundo” (*Weltbewusstsein*) con el objetivo de mostrar la centralidad de la dimensión experiencial de la modernidad. Mediante esta idea, y tomando como referencia las reflexiones de Luis Villoro, el autor pretende mostrar lo que significa construir un mundo común a partir de la irreductibilidad de las experiencias normativas (de injusticia) locales. Precisamente tomar como referencia esas experien-

cias sin reducirlas ni a su valor meramente universal ni a su contenido puramente local, es lo que Kozlarek ve como elemento prometedor de la crítica inmanente desarrollada por la tradición frankfurtiana de la Teoría Crítica, especialmente por Th. W. Adorno.

Immanente Kritik heute ofrece pues al lector un amplio espectro de perspectivas sobre cómo debemos entender la tarea de una teoría crítica en los tiempos actuales. En el breve espacio que nos permite la redacción de una reseña querríamos mencionar y elaborar brevemente una cuestión central que ha sido elaborada en este volumen: frente alguno de los presupuestos centrales en la obra de Habermas y Honneth, muchos de los autores ponen en cuestión una comprensión unitaria y coherente de la normatividad inmanente que la crítica social entiende que debe tomar como referencia: Romero habla de principios normativos “alternativos” que coexisten con aquellos institucionalizados o que son explícitamente aceptados en su forma ideológica. Por su lado, Stahl habla de la necesidad de identificar las normas, a menudo contrapuestas, que coexisten en una sociedad como son, por ejemplo, las normas de solidaridad y las de mercado. En otro contexto, Heins también se refiere a la necesidad de tener en cuenta la coexistencia de normatividades contrapuestas con el fin de que fenómenos como el racismo institucionalizado no parezca surgir de la nada, sino que se muestre su enraizamiento en la cotidianeidad de las interacciones entre individuos. Finalmente, Herzog, haciendo referencia a la idea honnethiana de un reconocimiento ideológico, nos habla de experiencias de sufrimiento que se sostienen en principios existentes contrapuestos.

En todos estos autores (con excepción de Heins), la tesis de la no-unidad de la base referencial normativa de una crítica social inmanente se acompaña de una reflexión aún más profunda: dada la fragmentariedad, pluralidad o incluso potencial conflictividad entre normas o principios inmanentes, ¿de qué lado debería situarse una teoría que se comprende a sí misma como elemento transformador orientado a la emancipación social? En otras palabras: ¿cuáles son las normas que deberían constituir la base referencial de la crítica social inmanente? En este volumen nos encontramos con al menos dos tipos de estrategia diferentes de respuesta a esta cuestión, y que son planteadas en confrontación más o menos directa con la filosofía de Honneth: Primeramente, Herzog presenta la hipótesis de un principio universal que consistiría en “evitar el dolor humanamente generado” (Herzog 174, trad. J.S) y que tendría la función de criterio a la hora de tomar partido por las normas inmanentes que tienen un potencial emancipador. Creemos que, debido a

su apertura interpretativa, la formulación de esta suerte de criterio universal genera otras dificultades que una posición como la de Herzog también debería confrontar para hacer su posición convincente. En segundo lugar, Stahl afirma que la función de la crítica inmanente no consiste en “encontrar” (*finden*) las normas adecuadas entre las existentes, sino en mostrar que aquellas normas que la crítica *ya ha elegido* tienen un anclaje en la realidad social. En este sentido, la postura de Stahl se acerca, a pesar de importantes diferencias, al rechazo a la fundamentación de las normas que constituyen la referencia de la crítica inmanente como tarea propia a la teoría crítica tal como lo defiende José Antonio Zamora en su contribución. En la misma línea se sitúa Romero en su contribución, a pesar de que algunas formulaciones parezcan acercarle a la posición de Herzog.

Así pues, respecto a esta cuestión, es decir, respecto a la necesidad o no de fundamentar o justificar la toma de partido inherente al ejercicio de la crítica, y siguiendo *Immanente Kritik heute*, la crítica social inmanente se encuentra (al menos) ante tres posibilidades de futuro desarrollo: (1) estrategias reconstructivas que entienden las normas que toma como referencia como el producto de un proceso de aprendizaje histórico-normativo que sirve como fundamento de la crítica (Honneth, Jaeggi⁴), (2) estrategias que encuentran criterios de toma de partido que - en última instancia, y a pesar de las formas concretas que puedan tomar - son independientes del desarrollo histórico de las normas inmanentes concretas (Herzog) y, finalmente, (3) el rechazo como tarea propia de la crítica inmanente de una fundamentación o/y de una justificación de aquellas normas socialmente inmanentes que constituyen la base referencial de la crítica (Romero, Stahl). Sea cual sea la estrategia elegida, lo que se deduce en general de las contribuciones a este volumen es que una teoría crítica inmanente tiene que inmunizarse contra cualquier tendencia a relativizar, velar o incluso negar la existencia de tensiones normativas existentes en una sociedad y que son difícilmente reconciliables. Una vez clara esta cuestión, la forma en que la crítica inmanente se acerque a su propia “toma de partido” por unas u otras normas inmanentes, dependerá sin duda de cómo se entienda la relación de la crítica (en tanto que forma de actividad y en tanto que agente social) con los agentes sociales a los que se dirige. Y precisamente aquí la afirmación de James Bohman parece ganar una especial relevancia: “[...] la mejor manera en la que los/las teóricos/as críticos/as pueden entender su propia acti-

⁴ Cf. Rahel JAEGGI, *Kritik von Lebensformen*, Berlin: Suhrkamp, 2014.

vidad es en términos de ideales democráticos: como científicos sociales, estos son participantes-críticos en la esfera pública democrática”⁵.

Justo Serrano Zamora
justserrano@gmail.com

⁵ James BOHMAN, “Critical Theory and Democracy”, en: David M. Rasmussen (ed.), *The Handbook of Critical Theory*, Blackwell (Oxford), 1996, págs. 190-219, aquí pág. 211, trad. JS.